LEMA: "Mate en tres jugadas y media"

LA BATALLA

(Representación de teatro infantil)

Por JOSE MANUEL ALONSO ALCALDE

ACCESIT 1989

(Previo al comienzo de la representación, y a telón corrido, se deja oír un fragor como de furiosa batalla —chocar de armas, disparos de cañón, galopadas de caballos, gritos y carreras—, hasta que, de pronto, se hace el silencio, momento en el que se levanta el telón.

El escenario representa un esquemático paisaje de pinar, en el que, en primer término derecha, inmediata a la embocadura de dicho lado, hay una silla corriente.

Procedente de la derecha, hace su aparición el REY, vestido como los monarcas tradicionales, esto es, con cetro, corona y manto, sólo que todos estos elementos son de color blanco, lo mismo que su cabello, también

blanco. En una mano lleva el cetro y en la otra la empuñadura y un trozo de hoja de una espada rota.

Al entrar en escena, intenta dar un paso para avanzar, pero no consigue mover un pie, por lo que, desalentado, se encoge de hombros, ya decidido a permanecer inmóvil junto a la embocadura).

REY: ¡Ay qué bochorno, para un monarca, verse obligado a salir a toda mecha de su reino! Y encima, ¡sin poder dar un paso! *(Trata de darlo sin conseguirlo).* Nada. ¡A medio metro de la frontera de mis estados, y ni mover un pie! Debo haber recibido un golpe en la batalla que me ha dejado paralítico. *(Por la silla)* Vaya, menos mal: ¡una silla! No es el trono que corresponde a mi majestad, pero menos es nada... Porque he luchado como un héroe durante varias horas y estoy que no me tengo. *(Por la corona, maltrecha y abollada, que se quita y contempla con pesadumbre)* ¡Pobre corona mía, lo abollada que ha salido de la refriega! Pero eso no es lo grave. Lo grave es que me haya vencido mi tradicional enemigo, con lo feo y lo negro que es. Todo mi ejército está ahora en su poder... Sí, sí, incluída mi queridísima esposa, la reina, que me ha salido feminista y tiene la manía de acudir al campo de batalla como otro guerrero cualquiera. *(Sentado como está en la silla, se coge la cabeza entre las manos, lamentándose)* ¡Ay qué guerra! ¡Ay qué derrota! ¡Ay, aaay, aaaaay!

PERIQUETE: *(Dentro)*
¡Señor rey, señor rey!

REY: ¿Eh? ¿Quién me llama?

PERIQUETE: *(Apareciendo por la derecha)*
Yo.

REY: ¿Y quién eres tú?

PERIQUETE: Un soldado suyo.

REY: ¡Vaya sorpresa gorda! ¡Creí que no había escapado ninguno!

PERIQUETE: Bueno, soy el único que se libró. Pero es que, para echarme a mí el guante, ¡hace falta mucho fulicatinqui!

REY: Fuli... ¿qué?

PERIQUETE: Catinqui. *(Ante el sorprendido gesto del REY)* No se preocupe, Majestad, son palabras que yo me invento. *(Señalándose la cabeza)* Me divierto sacándome palabras de la butibimba.

(PERIQUETE es un muchacho de diez y pocos años muy vivaracho. Viste de ballestero medieval, con ballesta y capacete, y lleva al hombro unas amplias alforjas. Su traje y sus arreos son de color blanco).

REY: ¿Y a qué has venido aquí?

PERIQUETE: ¡Anda! Pues a hacer compañía a su Majestad, a correr su suerte.

REY: ¿En el destierro?

PERIQUETE: ¡Donde sea! Yo soy un soldado leal. Le ví cuando abandonaba el campo de batalla, y le seguí. He tardado un poco, porque ando muy despacio. Bueno, ya sabe usted cómo nos movemos los peones del ajedrez, paso a paso, casilla a casilla. Pero el caso es que ¡aquí me tiene!

REY: *(Conmovido)*
Gracias, amigo mío.

PERIQUETE: Nada de gracias, cumplo con mi deber. *(Transición)* ¿Qué, damos un paseo?

REY: ¡Qué más quisiera yo! Pero no sé qué palo han debido atizarme que no puedo mover un pie.

PERIQUETE: No se apure, eso lo soluciono yo en un momento. ¿Sabe cómo me llama todo el mundo? Periquete. ¿Por qué? Porque lo arreglo todo en un periquete.

(Saca de las alforjas unos cuantos cuadrados blancos y negros, que coloca escaqueados ante sí mismo para andar sobre ellos, y luego, cuando llega donde el REY, también ante éste).

REY: *(Sorprendido)*
¿Qué son esos cuadrados?

PERIQUETE: ¡Huy, qué pregunta, en un rey del ajedrez! Pues, ¿qué van a ser? ¡Casillas del ajedrez! *(Ante el gesto de incomprensión de su majestad)* Sí, yo, cada vez que salgo al extranjero meto en las alforjas unas cuantas. *(El mismo gesto)* Ah, ¿no caribera?

REY: No, la verdad, no caribero.

PERIQUETE: Míreme. ¿Vé cómo avanzo?

REY: *(Levantándose de la silla e intentando, sin éxito, andar)*
Tú sí, pero yo, no.

PERIQUETE: No se impaciente, señor rey, ya falta poco. *(Ha llegado ante el REY y colocado las casillas a sus pies)* ¡Pruebe ahora.

REY: *(Echando a andar sobre las casillas. Emocionadísimo)*
¡Curado, estoy curado!

PERIQUETE: ¿De qué?

REY: Del palo que debieron meterme. Me había dejado paralítico.

PERIQUETE: No, hombre, no. Lo que pasa es que una pieza de ajedrez sólo puede moverse cuando encuentra, bajo sus plantas, como ahora, cuadros blancos y negros igual que los del tablero del ajedrez. Tampoco los peces pueden nadar fuera del agua.

REY: ¡Qué bien! Entonces, vamos. Estoy impaciente por echar a correr.

PERIQUETE: Tanto como correr, correr...

(PERIQUETE va quitando los cuadros por donde ha pisado y volviéndolos a colocar ante sí; el REY lo imita. De este modo, empiezan a moverse hacia la izquierda, muy despacio. Entre ellos, queda una hilera, en medio, de casillas, que los separa).

Qué, Majestad, ¿le gusta el trasladibe?

REY: ¡Vaya, si me gusta! Lo único que me entristece es el recuerdo de la patria, que dejamos cada vez más atrás.

PERIQUETE: ¡Animo! Le prometo que volverá allí muy pronto. ¡Y para sentarse otra vez en el trono! Me ronda desde hace un rato por la butibimba un plan, que...

REY: ¡¿Un plan?! Suelta, suelta...

PERIQUETE: ¿Así, como vamos? ¿Con una fila de casillas en medio? ¡Ni pensarlo! Estando tan separados, tengo que levantar la voz para que usted me oiga. Y corremos el riesgo de que, además de vuestra Majestad, coja la onda un espía enemigo y se nos chafe el plan.

REY: Ya. ¿Y qué podemos hacer para ir más juntos y que tú me puedas hablar al oído?

PERIQUETE: Déjeme que piense... ¡Ya! ¿Lleva usted algo de comer encima?

REY: *(Tras buscarse en todos los bolsillos)*
No encuentro más que un cacahuete.

PERIQUETE: Démelo. *(El REY lo hace, PERIQUETE lo come, cambiando de calle para hacerlo, con lo que queda en la hilera inmediata a aquella por la que marcha el REY, emparejado ya con este)* ¡Papeleta resuelta! *(Ante el perplejo gesto de su majestad)* ¿No caribera? *(El REY niega con un gesto)* ¡Pero si es la mar de fácil! ¿Qué es lo que hace un peón del ajedrez cuando le ponen en el tablero a jugar? Avanza de frente y come de lado, ¿no? Pues eso es lo que he hecho yo para poder ponerme al lado de su Majestad. *(El REY se admira con un gesto de la agudeza de su peón)* Y ahora, pegue su real oído que le voy a soplar en secreto mi plan.

(Pero en el momento en que el REY acercaba la oreja para escuchar la confidencia, entra el CORREDOR DE FOOTING, vestido con atuendo deportivo y resoplando rítmicamente. El REY, naturalmente, olvida, por el momento, el plan, para concentrar su atención en el personaje que avanza, a paso gimnástico, de izquierda a derecha).

REY: *(En voz baja a PERIQUETE)*
¿Quién crees que es, el espía?

PERIQUETE: No sé, pero, por si las moscas, usted siga andando como si tal.

CORREDOR: *(Al cruzarse con ellos)*
Qué, ¿dándo un paseíto? Pues yo, con mi media hora de footing, como cada mañana. *(Ante el gesto de interrogación de REY y PERIQUETE, aclarando)* Carrera al aire libre. Para estar en forma, nada como el ejercicio matinal.

PERIQUETE: Ah, ¿entonces es a eso a lo que ha venido usted aquí?

CORREDOR: Precisamente. Como todos los días a esta hora. Salgo de la oficina; monto en el coche; llego hasta aquí; corro un par de kilómetros; me siento en esa silla a tomar un ratito de sol, y luego, otra vez al coche, y a comer. ¿Qué le parece?

REY: Una costumbre bastante saludable. Y diga, ¿corre usted muy deprisa?

CORREDOR: ¡Uf! ¡Como una flecha!

REY: ¡Oh, calle, por favor!

CORREDOR: ¿Qué sucede?

PERIQUETE: Nada, que le da envidia. Y a mí también, no crea. ¡Mira que con lo fuguilla que es uno, verse obligado a transitar a diez metros por hora!

CORREDOR: ¡Qué tontería! Apresuren un poco el paso, y listo.

PERIQUETE: Apresurar el paso... ¡Eso quisiéramos nosotros! Pero ni el señor rey ni yo podemos saltar más de uno de estos cuadros cada vez. Son las reglas del juego.

CORREDOR: ¿Juego?

PERIQUETE: Claro, el del ajedrez. ¿Es que no se ha percatado todavía? Su Majestad y yo, somos dos piezas de ajedrez: él el rey blanco y yo un peón blanco.

REY: Sólo que derrotados los dos. Sí, amigo mío: hemos sido vencidos por el rey negro y huído del tablero, camino del exilio.

CORREDOR: ¿Y dónde piensan llegar yendo tan despacio?

REY: ¡Cualquiera adivina!

CORREDOR: *(Quitando las casillas, que recoge del suelo y coloca sobre el asiento de la silla)*
Pues, ¿sáben lo que les digo? ¡Que ésto se acabó!

PERIQUETE: *(Que, al verse sin escaques, queda inmovilizado como el REY)*
¿Eeeeh? Pero, ¿qué hace? ¡Oiga, que nos va a dejar tirados en medio del pinar, como dos motos averiadas!

REY: ¿Lo ves, Periquete? Salió lo que te dije: era un espía, mandado

por el enemigo. Disfrazado de corredor, pero espía. ¡Y yo con la espada rota, sin poder defenderme!

PERIQUETE: *(Toma la ballesta y la monta)*
¡Lo haré yo, Majestad! ¡Y que pienso vender cara mi vida!

CORREDOR: Pero, ¿qué bicho le ha picado, hombre? Yo no soy un espía, sino un deportista que se desvive por enseñar al prójimo a disfrutar de las ventajas del deporte. ¿Quiéren ustedes aprender?

REY: ¿A andar?

CORREDOR: ¡Y a correr!

REY: ¡Naturalmente que sí!

CORREDOR: ¡Pues, hale! *(Por el público)* Con la ayuda de esos chicos, en un par de minutos les dejo a ustedes como nuevos. *(En actitud de monitor de gimnasia, mueve los pies como para enseñar a caminar. Ritmo de ballet)* ¡Aaaa... ten... ción!: ¡traten de reproducir mis movimiento! Uno..., dos; izquierdo..., derecho; primero un pie..., después otro pie...; un brazo así..., el otro asá; que por aquí..., que por allá... *(REY y PERIQUETE imitan los movimientos del corredor cada vez con mayor soltura)* ¡Aaaltó! Esto va pero que muy bien. Progresan ustedes rápidamente. Como que, en cuanto terminemos el próximo ejercicio, estarán ya en condiciones de acudir a la Delegación de Deportes a pedir el carnet de corredores-andarines.

REY: ¡Qué chanchi!

CORREDOR: Ahora, un poco de práctica. Oído: ¡andaduría y correduría! *(Con una música pegadiza y actual, que el niño del público reconozca enseguida, canta el CORREDOR con REY y PERIQUETE. Ritmo de ballet cada vez más rápido).*

An-dar an-dar
andar es muy fácil,
que-dá que-dá
queda un pie en el aire
y se pone luego
otro pie en el suelo
y detrás el otro,
que así andamos todos.

(Invitando al público infantil a corear el estribillo)

An-dar an-dar
andar es muy fácil,
que-dá que-dá
queda un pie en el aire.

(Solo)

Co-rrer co-rrer
correr es de risa,
se va se va
se va más deprisa,
se llega a la meta
con la lengua fuera,
pero se ha llegado
más pronto que andando.

(Invitando a corear el estribillo, como antes, durante el cual los tres personajes correran a paso gimnástico por la escena. Al terminar el estribillo, al público).

¡Otra vez, otra vez! Necesitan más entrenamiento.

(Con el público)

An-dar an-dar
andar es muy fácil,
que-dá que-dá
queda un pie en el aire.

(Al público)

¡Aaaal...tó! Bueno, pues gracias a la cooperación de esos chicos, se han convertido ustedes en dos supermans de la zancada. Ahora, conviene que corran un poco por ahí, para hacer músculo.

REY: ¡Magnífico!

CORREDOR: *(Ante la impaciencia del REY por echar a correr)* Pero así no, hombre. Primero tiene que quitarse la ropa.

REY: ¿Corona incluída? *(El otro asiente)* ¡Ni hablar, un Monarca no puede andar descoronado por el mundo!

PERIQUETE: Ni un guerrero como yo, desarmado.

CORREDOR: Lo siento, pero para practicar un deporte no se debe llevar encima más que lo imprescindible, ¿no me ven a mí?

REY: De acuerdo.

(Ambos se despojan de sus vestiduras y atrezzo, que dejan en un montón en el suelo. El REY queda en calzoncillos largos y PERIQUETE en minipantalón).

PERIQUETE: En cambio, a mí, lo de soltar las armas no me convence. A ver qué hacemos si nos ataca alguien por el camino.

REY: Bah, no iremos muy lejos.

PERIQUETE: Aún así.

REY: No seas escamón, Periquete. Si te has pasado, como yo, la vida caminando a salto y me quito, ¿a qué poner tantas pegas cuando

se te presenta por primera vez la ocasión de disputar los cien metros lisos conmigo, eh?

CORREDOR: Vamos, vamos, decídanse. Tengo prisa. Así que, si quieren, les doy la salida y me largo. ¿Vale?

REY: Vale.

CORREDOR: Pues, ¡venga! ¡Preparaaaaados! *(REY y PERIQUETE se colocan en posición de corredores que van a tomar la salida)* ¡Liiiiistos! ¡Ya!

(REY y PERIQUETE salen disparados por la izquierda. El CORREDOR les ve alejarse durante unos momentos y luego hace mutis a su vez por segundo término derecha; por segundo izquierda entra la CAMPESINA, pueblerina, cazurra. Trae un montón de piñas en el delantal).

CAMPESINA: ¡Madre mía! ¿Dónde irán esos con tanta prisa? ¡Y en ropica interior, con perdón! Bueno, yo a lo mío, a seguir recogiendo piñas pá encender el fogón. *(Al ver el montón de ropas y accesorios)* ¡Anda, mi abuela! ¿Quién se habrá dejao aquí tóo esto? Pues, na, "Santa Rita, Rita, lo que pierde la gente pá esta servidorita". *(Coge ropas y objetos y los pone en el delantal con las piñas)* Y ahora, pá casa, que voy ya mu cargá.

(Entra MELITON por la derecha: gafas oscuras y cartera de mano).

MELITON: Buenos días, señora campesina.

CAMPESINA: ¿Es a mí? *(MELITON asiente)* ¿Y qué se le ofrece?

MELITON: Verá: yo soy el agente Melitón, famoso en la profesión, "Agencia de Investigaciones, el Pesquis". *(Dándole una tarjeta)* Tome, mi tarjeta.

CAMPESINA: ¿Pá qué?

MELITON: Es la manera de que pueda usted identificarme.

CAMPESINA: ¿Identi...qué? ¡Pero si una servidorita no sabe leer! Ande, ande, diga lo que sea, y deprisa, que ya me iba arreando pá casa.

MELITON: Ah, ¿vive usted en esta zona?

CAMPESINA: Claro. En aquella casica, mismamente..., y perdone la manera de señalar.

MELITON: En ese caso, quizá haya visto cruzar a un par de individuos por aquí.

CAMPESINA: Dos endeviduos, dos. Uno entrao en años y otro más chico. ¡Y andaban en calzoncillos, con perdón! ¡Figúrese!

MELITON: ¿En calzoncillos? Imposible. Uno de ellos es un monarca. Y los monarcas llevan manto, corona y cetro.

CAMPESINA: Pues yo no echao la vista a naide más, de modo que ¡con Dios!

(Sale la CAMPESINA por donde entró. MELITON, al quedarse solo, empieza a recorrer el escenario como a la caza de una pista. Encuentra, por fin, los escaques).

MELITON: Efectivamente, son ellos, esta es la prueba. *(Al oir ruidos de pasos, procedentes de la izquierda)* ¡Y casualmente se dirigen hacia aquí! Camuflados de deportistas... ¡Qué risa! ¡Como si a Melitón se la van a dar, disfrazándose de esa forma¡ Me esconderé para sorprenderles.

(En efecto, se oculta tras un tronco. Entran, jadeantes por la carrera, PERIQUETE y REY, éste contentísimo).

REY: ¡Oh, qué experiencia más emocionante! *(Ante el gesto apabullado de PERIQUETE)* ¿No te parece emocionante?

PERIQUETE: Lo que me parece, como me temía, es que metimos la paticanta..., o si lo prefiere más claro, la pata.

REY: ¿Cómo? ¿Qué dices?

PERIQUETE: Digo que nos han mangurriado los objetos que dejamos aquí. Y entre ellos, mi ballesta y mis flechas.

REY: ¡Es cierto, Dios santo! ¿O sea que estamos indefensos?

PERIQUETE: Sí, Majestad: indefensos, desarmados y traspipinados.

REY: Pues, ¡menudo problema!

MELITON: *(Saliendo de su escondite, pistola en mano, y encañonándoles).* ¡Sus problemas empiezan ahora! ¡Manos arriba! *(REY y PERIQUETE alzan los brazos)* ¡Pónganse ahí! *(MELITON les empuja con la pistola hacia un árbol. Extrae de la cartera de mano una cuerda y les ata, juntos, con ella, a dicho árbol)* Listo.

REY: Pero, ¿qué hace, qué pretende, quién es usted?

MELITON: *(Sonriendo con mucha sorna, extrae de la cartera un habano a medio fumar, que pone entre los dientes, con los que lo mordisquea; una chillona corbata, que se ciñe al cuello, y un voluminoso sello de oro, que coloca en un dedo. De este modo, unido al gesto y la actitud dominante que adopta, queda transformado en el tópico gánster de película).*
Ya no hay motivos para disimular: un gánster..., el gánster Melitón, famoso en la profesión, porque, en cualquier ocasión, resuelve la situación haciendo *(acción de disparar)* pon, pon, pon, pon.

REY: ¿Y qué se propone?

MELITON: Algo muy sencillo, dejarles atados a ese árbol, mientras cobro una facturita.

PERIQUETE: ¿Facturita?

MELITON: Sipi, muchacho. El rey negro del ajedrez me contrató hace unos momentos para que les echara a ustedes el guante. Sólo que uno ya es perro viejo y no entrega la mercancía si no es a cambio del dinero. Así que me largo ahora mismo a reclamar la pasta. De momento, los dos están aquí seguros, ya que por este pinar no pasa un alma. Pero, en cuanto mi cliente haya apoquinado el billetamen, vuelvo a por ustedes, les pongo la pistola en las costillas y se los llevo a él. *(Soltando una desagradable carcajada)* Los negocios son los negocios. No se impacienten, no tardaré.

REY: *(Cuando ha salido MELITON por la derecha. Abatido).* ¡Ay, Periquete, qué mal nos van las cosas! No sólo nos vence mi tradicional enemigo, sino que, como si no tuviera bastante con ello, envía a un facineroso a que nos amarre codo con codo, como a dos longanizas. ¡Qué humillación! ¿Qué supones tú que pretende, al obrar así?

PERIQUETE: Anda, ¡meternos a ambos en una mazmorra, como habrá hecho con el resto de los prisioneros!

REY: Pero, ¿para qué?

PERIQUETE: Pues, para que su Majestad no pueda reorganizar en el futuro sus tropas, ponerse al frente de ellas y declararle otra vez la guerra. Aunque, lo malo del asunto, es que estando en su poder como estamos, ya no es posible poner en práctica mi plan.

REY: ¡Ay, es verdad, me había olvidado de aquello! ¿En qué consistía?

PERIQUETE: En algo sencillísimo: retar al Monarca enemigo a un torneo, a celebrar fuera del tablero, por ejemplo, aquí mismo, utilizando las casillas que me traje conmigo. Su Majestad y yo, contra el rey negro y las piezas que quisiera escoger. En resumen, desafiarle a un mate en tres jugadas.

REY: ¿Cómo uno de esos problemas de ajedrez que sacan en los periódicos?

PERIQUETE: Lo mismo.

REY: Sí, la idea era brillante, desde luego. Pero tenía una pega.

PERIQUETE: ¿Cuál?

REY: Que el rey negro es un cobardica y se hubiera negado a aceptar el reto.

PERIQUETE: ¿Y que sus vasallos le llamasen gallina, se burlaran de él y se negasen a obedecerle? No, no hubiese tenido más remedio que aceptarlo. Aunque, ahora, ¡qué importa ya eso! Nos espera una oscura mazmorra, ¿a qué pensar en lo que hubiéramos podido

hacer si fuésemos libres?

REY: Hombre, no te rindas tan pronto. Al menos, da unos gritos, a ver si viene alguien.

PERIQUETE: ¿Y quién va a haber en un lugar tan apartado como éste?

REY: Por probar no se pierde nada, ¿no?

PERIQUETE: Como usted quiera, señor rey. *(Gritando)* ¡Aquíííí...! ¡Favooooor...! ¡Socorrooooo...!

(Un momento de espera, y aparece la CAMPESINA, por donde salió anteriormente, todavía con el bulto de ropas y accesorios en el delantal).

CAMPESINA: ¿Quién pega esas voces? ¡Anda, mi abuela, pero si son ustés! ¡Los mesmos que pasaron antes corriendo en ropica interior, con perdón! ¡Y que entoavía van así! ¡Habráse visto! Pero, ¿quién les ha atado de ese modo? Bueno, no se preocupen, yo les soltaré.

REY: ¡Oh, gracias, muchas gracias!

CAMPESINA: No hay de qué darlas. *(Empieza a desatarles)* ¡Qué sinvergüenza, el que haya sido...! ¡Mira que amarrarles como dos pimientos!

REY: Longanizas.

CAMPESINA: No, pimientos, pimientos. Yo soy del campo y sé lo que me digo. ¿Y pá qué lo hizo, pá robarles? ¡Hay que ver la gente tan malísima que hay ahora! ¡Si mi pobre abuela levantara la cabeza...! Ya casi está, sólo falta un nudo... Pos han tenío ustés suerte de que yo sea vieja y ande despacico, que si llego a meterme en casa, no les hubiera oído gritar. Y se hubieran quedao ustés aquí hasta el año que viene. Sí, señor, porque las piñas de este lao las tengo recogías y mañana hubiá echao pá otra parte, a buscar.

PERIQUETE: ¿Son esas nuestras ropas?

CAMPESINA: Ah, ¿con que eran de ustés? Pos yo pensé que serían de algún turista de esos, que vienen al campo a ensuciarlo tóo. Pero si son de ustés, se las degüelvo con mucho gusto, que a cáa uno lo suyo. *(Al soltar el último nudo)* ¡S'acabó!

REY: ¡Al fin libres! Habéis devuelto la libertad a un rey, ¿no lo sabíais? *(Ella niega)* Pues, sí. ¡Y eso merece un premio! Os nombraré Condesa del Pinar.

CAMPESINA: ¡¿A mí?!

REY: A vos. Pero dejad primero que me vista.

(REY y PERIQUETE se visten).

CAMPESINA: Me parece mu bien, sí, señor, que no se debe andar en ropica interior por ahí.

REY: *(Tomando del bulto de accesorios, la empuñadura de su rota espada).*

¡Arrodillaos, honrada campesina! *(Ella obedece, encogiéndose de hombros, sin entender nada de lo que está sucediendo. El REY levanta la empuñadura para darle el espaldarazo)* ¡Con el espaldarazo que voy a propinaros, quedáis nombrada Condesa del Pinar!

CAMPESINA: ¿Cómo ice?

REY: Condesa del Pinar.

CAMPESINA: ¿Y no sería más propio... del Fogón? Como me paso el día pegáa a la cocina, pos...

REY: Conformes, que sea según vuestro deseo. ¡Con este espaldarazo os designo Condesa del Fogón! *(Le da el espaldarazo)* ¡Alzaos!

PERIQUETE: *(Mientras CAMPESINA se pone en pie).*
¡Mi pimpiratina..., que quiere decir mi enhorabuena!

CAMPESINA: ¿Ya me pueo marchar? Aún tengo que llevar este montón de piñas a casa.

REY: Idos, idos, señora Condesa.

CAMPESINA: *(Mientras sale, perpleja, por segundo término izquierda).*
¡Madre mía, cómo andan esos del tejao! Primero se van por ahí en calzoncillos, con perdón, y luego les da por ponerme el mote de "artesa"... ¡Pasa cáa cosa!

PERIQUETE: *(Cuando CAMPESINA ha hecho mutis. Preparando y montando la ballesta con una flecha).*
Ahora, a lo nuestro.

REY: ¿Qué haces?

PERIQUETE: Prepararme para recibir debidamente al gánster. ¿O es que ya os habéis olvidado de que prometió venir, pistola en mano, para conducirnos a presencia del rey negro?

REY: Tienes razón. Pero, contra un arma de fuego, esas flechas no sé si...

PERIQUETE: Usted déjeme a mí, que cuando se tiene un cuscurro..., quiero decir un corazón, tan bravo como el mío, una simple flechita como ésta se convierte en un cañón.

REY: ¡Ay, ojalá! Porque yo poco puedo hacer con lo que queda de mi gloriosa espada.

PERIQUETE: ¡Mire, por ahí llega! Poneos a cubierto, Majestad. *(El REY se oculta tras un tronco y PERIQUETE tras otro)* ¡Ahora veréis la clase de soldado que es Periquete!

MELITON: *(Entrando por la derecha).*
¡Al avío! Ya tengo la pasta en el bolsillo. *(Sacando la pistola)* Ahora, saco la chatarra, desato a mis dos pájaros, se los entrego a mi cliente, y ¡asunto concluído!

PERIQUETE: *(Saliendo de su escondite y apuntándole con la ballesta).*
¡Alto! ¡¡Tire el arma ahora mismo o se verá las caras conmigo!!

MELITON: ¿Eh? Pero, ¿qué pasa, quién les ha soltado?

PERIQUETE: Qué, ¿tira el arma o no?

MELITON: *(Temblando visiblemente. Conciliador).*
No se ponga así, hombre. Al fin y al cabo, ¿les he hecho yo algún daño? No. Ya sé que les dejé atados a un árbol, pero eso fue para gastarles una broma.

PERIQUETE: Está usted temblando... ¿Ese es el valor de que alardeaba? Todos los bandidos son iguales: valientes con las personas indefensas, pero, en cuanto alguien les hace frente, se despomporronan. Contaré hasta tres. Y si, al terminar, no ha soltado ese chisme, dispararé. ¡Una..., dos.... y...!

MELITON: *(Tirando la pistola al suelo).*
Tranquilo, muchacho, tranquilo. Ya está.

PERIQUETE: Ahora, déme el dinero que ha cobrado por su sucio trabajo.

MELITON: *(Siempre asustado, le da unos billetes)*
Tome, tome.

PERIQUETE: ¡Y largo de aquí!

MELITON: *(Saliendo a toda prisa por la izquierda, temeroso).*
Sí, sí, lo que usted diga, lo que usted diga...

PERIQUETE: *(Mientras guarda la pistola en un bolsillo. Riendo).*
¡Fíjese cómo zumba!

REY: ¿Sabes lo que te digo, Periquete? ¡Que eres un tío!

PERIQUETE: *(Ufanándose).*
¿Verdad que sí? Bien, si hemos recuperado la libertad, no creo que exista ya ningún inconveniente para poner en práctica aquel proyecto mío, de que le hablé.

REY: Claro que no.

PERIQUETE: *(Extendiendo los escaques por el escenario, hasta formar un pequeño damero).*
Entonces, extenderé las casillas por el suelo como un tablero, y, a continuación, retaremos a nuestro común enemigo... Aunque, ahora que lo pienso, ¿quién va a hacer de mensajero? Porque si vamos usted o yo a desafiarle personalmente, nos trinca.

REY: ¿Y no podíamos pedirle ese favor a la señora Condesa del Fogón?

PERIQUETE: Quiá, no resultaría. Su Majestad ya se habrá percado de que es un poco cazurrilla y no sirve para una misión tan delicada... *(Entra el CORREDOR, ya vestido de calle)* ¡Estamos de suerte! Ahí llega, llovido del cielo, el corredor de footing.

REY: Pero, ¿no había ido a coger el coche?

PERIQUETE: Pues, parece que no.

CORREDOR: Ah, ¿aún no se han marchado ustedes? Resulta que se me olvidó llevarme la silla y he vuelto a por ella. Ya estaba llegando a mi casa, cuando me dí cuenta de que me la había dejado aquí. Claro, a cuenta de la lección de correr que les dí a ustedes, se me fue el santo al cielo.

REY: Diga, ¿podría usted hacernos un gran servicio?

CORREDOR: Naturalmente, ¿de qué se trata?

PERIQUETE: Queremos retar al rey negro del ajedrez a un mate en tres jugadas.

CORREDOR: ¡Hombre, eso está muy bien! El ajedrez también es un deporte y yo me precio de ser buen deportista. ¿Y qué debo hacer?

PERIQUETE: *(Señalando hacia primer término derecha).*
Entrar en ese tablero que hay ahí, preguntar por el monarca y decirle, de parte nuestra, que su Majestad, el rey blanco, y yo, uno de sus peones, conocido por Periquete, le esperamos en este damero para celebrar el torneo. Ah, y que puede traerse consigo las fichas que quiera, que nosotros dos solos nos bastamos para hacerle morder el polvo.

CORREDOR: ¡Bravo! ¿Y podré presenciar el encuentro?

PERIQUETE: ¡Y hasta arbitrarlo, si le parece!

CORREDOR: ¡Magnífico! Pues allá voy.

(Sale CORREDOR por la derecha).

REY: Supongo que me prestarás esa pistolita.

PERIQUETE: Pues, no, señor rey. *(Ante el gesto de su majestad)* ¿No comprende que si la utiliza durante el duelo, quedaría usted deshonrado? *(Nuevo gesto)* Claro, hombre, dirían que les hemos ganado porque usamos un arma de fuego.

REY: Pero, ¿cómo piensas vencerles entonces? Yo estoy prácticamente desarmado. ¿Con qué voy a luchar?

PERIQUETE: ¡Con lo que sea, con las manos o con el cetro! El corrusco es lo único que cuenta. ¿No siente usted la espina de la pasada derrota?

REY: ¿Qué si la siento? ¡Clavada la tengo en el corazón!

PERIQUETE: ¡Pues yo le ayudaré a sacársela! Usted vaya siempre detrás de mí, y lo demás déjelo de mi cuenta.

(Se oyen trompetas dentro. Precedidos por el CORREDOR y con aire solemne y despacioso, entran, por la derecha, el REY NEGRO, la REINA NEGRA y el CABALLO NEGRO. El CORREDOR, con mucha cortesía, coloca las fichas de uno y otro lado. Ambos reyes se saludan con un gesto de la cabeza, el REY NEGRO evidentemente malhumorado. El REY se coloca, cetro en mano, detrás de PERIQUETE, al que seguirá durante toda la partida).

REY: *(En voz baja, a PERIQUETE, apabullado).*
¡Dios mío, pero si se ha traído hasta la reina! ¡Estamos perdidos! ¡Y yo con un simple peón por toda ayuda!

PERIQUETE: ¡Así será la victoria más sonada!

CORREDOR: *(Subiéndose a la silla).*
¡Empieza la partida! *(Saca un silbato y lo hace sonar)* ¡Mate en tres jugadas, mueven las blancas! *(PERIQUETE, seguido por el REY, avanza de casilla en casilla hacia el CABALLO, que salta evitando el encuentro. Por fin, es el REY, quien, con un golpe de cetro, da un coscorrón al jinete; el CABALLO sale del damero huyendo hacia la derecha. El corredor se anima. Al público, con voz de locutor de fútbol)* ¡Goooool! *(Animando al público a corear el alabí)* ¡Alabí-alabá, el rey blanco, el rey blanco, el rey blanco y nadie más! *(Comentando las evoluciones de PERIQUETE, siempre seguido por el REY, en tono de locutor de radio)* ¡Periquete avanza por el lado derecho, hurta una zancadilla de la reina, se dirige hacia el rey, le marcaaaa, y jaaaaaqueeeee! *(El REY NEGRO cambia de casilla, todo con ritmo de ballet)* Vamos, chicos, animad a vuestro equipo... ¡Alabí, alabá, las blancas, las blancas, las blancas ganarán! *(En otro tono)* Y claro que deben ganar, puesto que han sido capaces de enfrentarse con fuerzas superiores. *(Nuevos movimientos. Voz de locutor)* ¡Periquete toma la iniciativa, sigue la línea de corner, llega hasta la portería contraria...! ¡esto es maravilloso, señores, qué jugada!... y... ¡mate, mateeeeeee!

PERIQUETE: Lo que yo le decía, ¡hemos vencido! ¡Se ha sacado la espina! Ahora, a usted le corresponde imponer sus condiciones.

REY: De acuerdo. *(Al REY NEGRO, que, cabizbajo, asiente con sucesivos gestos a cada condición).* De momento, os retiraréis a vuestros estados; y si, en el futuro, celebramos alguna otra partida, no habrá prisioneros ni de un bando ni de otro, ¿conformes? La libertad es un bien demasiado precioso como he podido comprobar hace un rato, gracias a la sucia jugarreta que me gastásteis. Marchaos con vuestra esposa y que no os vea más por aquí.

PERIQUETE: ¡Y llevaos vuestro dinero!

(PERIQUETE le arroja despectivamente los billetes, que el REY NEGRO, recoge y guarda. Este y la REINA NEGRA salen cabizbajos por la derecha).

CORREDOR: ¡Ha sido un partido estupendo! Bueno, y ya que estamos aquí, ¿por qué no corremos un poco para hacer piernas?

REY: ¿Y quitarnos la ropa otra vez?

CORREDOR: No, en esta ocasión les dispenso de hacerlo. *(Al público)* Hale, a entonar como antes. *(Invita al público a corear un par de veces el estribillo anterior de "Andar-Andar- andar es muy fácil". REY, PERIQUETE y CORREDOR corren a paso gimnástico por la escena)* ¡Y ustedes y yo, paso gimnástico! Después de lo que he visto en la batalla, creo que deben prepararse para la próxima Olimpiada.

PERIQUETE: ¿Especialidad?

CORREDOR: ¡Lucha libre!

PERIQUETE: Lucha paralelepípeda, si le da igual.

CORREDOR: *(Al público).*
Vamos, cantad, cantad...

(El público sigue entonando el estribillo y los personajes evolucionando como antes mientras cae el

TELON).